

LAS EXPLICACIONES DEL MISIONERO

Claude Lévi-Straus, *Tristes tropiques. Una sociedad indígena y su estilo.*

Hoy día los caduveos se pintan sólo por placer; pero antes, la costumbre ofrecía una significación más profunda. Según el testimonio del misionero Sánchez Labrador, las castas nobles no se pintaban más que la frente y sólo el vulgo se adornaba toda la cara; también en esta época sólo las mujeres jóvenes seguían la moda: es raro -indica- que las viejas pierdan el tiempo con estos dibujos: se contentan con los que los años grabaron en su rostro. El misionero se muestra alarmado por este desprecio a la obra del Creador; ¿por qué los indígenas alteran la apariencia del rostro humano? Busca explicaciones: ¿quizás para engañar el hambre pasan horas trazando sus arabescos?, ¿quizás para ocultarse de sus enemigos? Imagine lo que imagine, siempre se trata de engaños. ¿Por qué? Por más repugnancia que experimente, hasta el misionero es consciente de que esas pinturas tienen para los indígenas una importancia primordial y de que son, en cierto modo su propio fin.

También nos muestra a esos hombres que pierden días enteros haciéndose pintar, olvidados de la caza, de la pesca y de sus familias. "Por qué sois tan estúpidos", preguntaban aquellos a los misioneros. "Y por qué somos estúpidos", respondían estos. "Porque no os pintáis como nosotros". Había que estar pintado para ser hombre, el que permanecía al natural no se distinguía de los irracionales. Casi no se duda de que en la actualidad la persistencia de la costumbre entre las mujeres se explica por consideraciones de tipo erótico. La reputación de

las mujeres caduveo está sólidamente establecida en ambos márgenes del río Paraguay; muchos mestizos e indios de otras tribus vienen a instalarse y a casarse a Naliké. Las pinturas faciales y corporales explican quizás este atractivo; en todo caso, lo refuerzan y simbolizan. Esos contornos delicados y sutiles, tan sensibles como las líneas de la cara, que subrayan y revelan, dan a la mujer un aspecto deliciosamente provocativo. Esa cirugía pictórica opera una especie de injerto del arte sobre el cuerpo humano. Y Sánchez Labrador se contradice cuando protesta ansiosamente que esto es oponer a las gracias de la Naturaleza una fealdad artificiosa, pues poco después afirma que las más bellas tapicerías no podrían rivalizar con estas pinturas. Sin duda, el efecto erótico de los maquillajes jamás ha sido tan sistemática y conscientemente explicado.

Tanto en sus pinturas faciales como en la costumbre del aborto y del infanticidio los indígenas expresan un mismo horror por la naturaleza. Su arte proclama un soberano desprecio por la arcilla de la que estamos amasados; en esto limita con el pecado. Desde su punto de vista de jesuita misionero, Sánchez Labrador se mostraba singularmente perspicaz y adivinaba allí al demonio. El mismo subraya el aspecto prometeico de este arte salvaje cuando describe la técnica según la cual los indígenas se cubrían el cuerpo con motivos en forma de estrellas: así, señala, cada individuo se contempla como otro Atlante que no sólo con sus hombros y sus manos constituye el soporte de un universo torpemente representado, sino con toda la superficie de su cuerpo. El carácter excepcional del arte caduveo ¿no podrá explicarse como una renuncia del hombre a ser un reflejo de la imagen divina?